

hiere mas ó menos gravemente á varios pasajeros inofensivos.

Detenido por la guardia urbana como hemos dicho, fue metido en la cárcel, y despues juzgado y condenado por un tribunal javanés, auxiliado, segun costumbre por otro tribunal holandés, encargado de conmutar en simple pena de muerte los atroces suplicios acordados por los primeros jueces, conforme á las antiguas leyes indígenas.

Las dos causas de casi todos los crímenes que cometen los malayos son los celos y el fanatismo. Acabo de manifestar los terribles efectos que puede producir la primera de estas pasiones en naturalezas ardientes y primitivas. Permítaseme referir otro drama cuyo móvil principal fue la supersticion y que tuvo su desenlace delante de los jueces cuando me hallaba en Surabaya. Este caso es muy raro.

A alguna distancia de los arrabales de la ciudad tuve ocasion de reparar en una modesta posada javanesa de que era dueño un matrimonio. Ni el aspecto de la casa, ni la fisonomía de los posaderos podian inspirar la menor sospecha. La choza estaba limpia y bien puesta y se veia en ella desahogo y casi riqueza, lo cual, unido á que los amos eran mas afables que la mayor parte de los javaneses llevaba á la casa numerosos clientes.

Los vecinos hablaban á escondidas de los sortilegios y tratos misteriosos que habian proporcionado á los posaderos la mayor parte de su fortuna; pero estas murmuraciones podian atribuirse á la envidia que en todas partes produce el bienestar del prógimo.

Un dia principian á circular voces mas siniestras y acusaciones mas precisas. Ha desaparecido una niña del barrio; todas las pesquisas que se hacen para encontrarla son infructuosas, y la voz pública asegura que se la ha visto por última vez en la posada, y que allí ha sido asesinada. Aquellos rumores tomaron tal consistencia, que la justicia hubo de intervenir en el asunto, y despues de algunos informes puso presos á los posaderos y mandó cerrar su tienda.

De la sumaria resultó que el crimen era cierto, y además, que habia sido precedido de otros semejantes.

Uno de los jueces me refirió que un dia se presentó en la choza javanesa un pobre sacerdote pidiendo hospitalidad, y que se la concedieron. Se estableció en la posada y permaneció en ella algunas semanas sin cuidarse de los gastos ni de la incomodidad que ocasionaba su permanencia en ella, y sin hablar nunca de su coste. Por último, despues de haber comido, bebido y descansado, se decide á ponerse en camino; pero antes de marchar se dirige á sus bienhechores y les confiesa que no tiene dinero para pagar la posada, pero añade que ciertos consejos valen mas que todo el oro del mundo y que vá á darles uno especial.

«Si quereis ser ricos, les dice, sabed que basta para

ello proporcionaros todos los años una niña de siete á diez años, matarla y derramar su sangre en el suelo de vuestra choza, enterrándola despues en un hoyo muy hondo, hecho debajo de vuestro bali-bali. Entonces vereis como prosperan vuestros asuntos, y dentro de pocos años sereis ricos, considerados de todos, y vivireis felices largo tiempo.

El miserable sacerdote fue escuchado, y las pesquisas de la justicia descubrieron varios cadáveres de niñas degolladas por aquellos fanáticos y enterradas en el suelo de su habitacion. Los dos asesinos fueron condenados á la horca, y otros dos individuos que parecian no ser completamente estraños á aquella série de crímenes fueron sentenciados, uno á llevar una argolla de hierro remachado al cuello, y el otro á recibir veinte y cinco palos, y despues destinados á galeras. El sacerdote instigador de aquellos asesinatos no pudo ser hallado.

El tribunal tenia duda acerca del grado de complicidad de la mujer y estaba predispuesto en su favor. El gobernador general, que como hemos dicho, se hallaba de paso en Surabaya, la prometió su perdón si consentia en declararlo todo; pero se obstinó en responder que «pues que se la habia condenado por simples sospechas, se haria con mas justicia si confesaba,» razonamiento que no carecia de lógica.

Cuando se fijó el dia de la ejecucion, resolví asistir á ella, porque mi deber de observador me obligaba á vencer la profunda repugnancia que siempre he tenido hácia esta clase de espectáculos. Me dirigí pues á aquella misma plaza de armas, donde pocos dias antes habia asistido á una magnífica fiesta. Llegué antes que los reos, aunque pensé llegar tarde á causa de la sensibilidad de mi criado indio que de intento dejó de despertarme para no acompañarme á la fustigacion que debia verificarse préviamente, lo cual me hizo presumir, sobre todo por la estraña cara que ponía al disculparse de su olvido, que conservaba algun doloroso recuerdo de aquel suplicio.

Ví en primer lugar el *pondok* (*fonduk, cobertizo*), bajo el cual se hallaban los miembros de los dos tribunales holandés é indígena: estos llevaban el gran turbante y la sotanilla árabe de los sacerdotes, de quienes no se diferencian mas que en el color oscuro de sus vestidos, y aquellos llevaban el indispensable traje negro. El patíbulo se halla en frente del tribunal á unos 50 pasos de distancia, y hay un camino enarenado desde aquel al cobertizo de los magistrados. La terrible máquina consta de un enorme tablon con unas clavijas de madera en la parte superior y sostenido por dos pies derechos y una gruesa escala. Todo está pintado de negro escepto las clavijas que son blancas. A la izquierda de la horca se levanta un madero tambien negro destinado á la fustigacion, y tiene en la parte superior una polea con su cuerda.

A 50 pasos detrás de la horca, y en frente de la justicia, hay una batería de artillería con la mecha encendida; á la izquierda otra formando ángulo recto con la primera. Por todos los demás puntos se veian filas de soldados de todas armas.

No chocaban aquellas amenazadoras precauciones al ver á la multitud indígena que se extendía á lo lejos, inmensa, feroz y consternada, y cuyo silencio, apenas interrumpido por sordos murmullos, estaba preñado de cólera y de peligro, aunque las ordenanzas de policía prohibian espresamente llevar armas en tales dias. Los pocos europeos que se encontraban allí no estaban mucho mas alegres, pero tuve la satisfaccion de no encontrar una sola mujer entre ellos. Solo en aquella circunstancia observé en la fisonomía de los desgraciados indios, que sufren ordinariamente el yugo con tanta paciencia, algunos síntomas de sublevacion contra los que con el pretexto de la civilizacion les imponen una carga tan pesada.

Entre tanto la comitiva llegó á la plaza. Abria la marcha un piquete de la guardia de la caballería indígena, seguido de otro de caballería europea: esta última tropa tenia el encargo de vigilar á la anterior. Despues de un espacio vacío, iban de doce á quince sacerdotes musulmanes vestidos de blanco, y luego los condenados á muerte: llevaban la cara descubierta, vestidos blancos, coronas de flores, ramilletes de flores atados á las manos, y guirnaldas tambien de flores alrededor del cuello. Los rodeaban alabarderos indígenas á pie y á caballo, seguidos como los anteriores de otro piquete de caballería europea. La mujer saludaba á la multitud sonriendo, y el hombre contra lo que es de esperar de los musulmanes, que son casi todos heroicos para sufrir la muerte, estaba anonadado, y cuando vió la horca, se desmayó en los brazos de los ayudantes del verdugo. Estos eran simples opaces ó soldados javaneses que llenan las funciones de la guardia civil; su traje es sumamente ridículo, porque conservando los adornos indios en la cabeza, llevan un uniforme europeo, amarillo y azul hecho en Holanda, feo, incómodo, ancho para ellos, grotesco, y además se les enreda en las piernas un sable que no saben usar.

Despues iba solo el verdugo (*orang-ítam*), que era un arrogante negro vestido con un traje ceñido de color encarnado. Por último, la comitiva terminaba con los otros dos condenados y otros dos piquetes de caballería y artillería europeas. La atrocidad de los suplicios que iba yo á presenciar me convencía de la necesidad de aquel alarde de fuerza.

El fiscal leyó la sentencia á los condenados que se hallaban ya delante del tribunal: la mujer seguía sonriéndose.

Se principió por remachar en frio un anillo de hierro alrededor del cuello de uno de los menores ac-

tores de aquella horrible escena. Arrodillado en el suelo, con la cabeza colocada en un yunque, recibió unos diez martillazos para cerrar el anillo. Bastaba un pequeño movimiento en él ó falta de habilidad del que machacaba para quedarse muerto en el acto; pero aquella operacion se verificó sin novedad.

Luego se procedió á la fustigacion. El segundo condenado tenia la cara vuelta al poste y las manos atadas á la cuerda de la polea, y fue levantado en alto por cuatro vigorosos ayudantes del verdugo, hasta que solo tocase al suelo con la punta de los pies. Otros dos ayudantes armados de palos de róten de 2 metros de longitud, 3 centímetros de diámetro, y de estraordinaria flexibilidad, se colocaron á derecha é izquierda del poste y á distancia conveniente para que los 50 últimos centímetros del róten fuesen á parar á la espalda del paciente. Despues de haber medido el primer ayudante la distancia donde debia colocarse hizo descubrir á su róten una gran curva y le dejó caer con todas sus fuerzas; el vestido se desgarró. Pasó medio minuto, y el segundo ayudante dió el segundo golpe, saliendo la sangre violentamente. Eran veinte y cinco los palos que aquel hombre debia recibir: un europeo no los hubiera resistido, pero aquel hombre, aunque tenia toda la espalda hecha una llaga, no se quejó, no perdió el conocimiento, ni aun cambió de fisonomía (1).

Ordinariamente despues de la fustigacion, el desgraciado que la ha sufrido pone en sus heridas pimentada fresca y evita de este modo la gangrena por la actividad que este remedio heroico da á la circulacion de la sangre: así á lo menos me lo aseguraron aunque yo no lo he visto.

Pero abreviemos esta penosa narracion.

Solo faltaban los dos condenados á muerte. El hombre, que se hallaba en un completo estado de insensibilidad, fue llevado hácia atrás hasta el pie de la escala en cuyo primer peldaño se hallaba el verdugo con una cuerda en la mano terminada por un estremo en una lazada, y por el otro en un nudo corredizo. El verdugo subió la escalera seguido de cuatro ayudantes que llevaban al condenado y le engancharon á una de las clavijas para que se cumpliese á la letra el testo de la sentencia, que disponia que el culpable fuese colgado alto y corto hasta que muriese. El des-

(1) Con motivo de este suplicio, citaré un hecho sin el menor comentario.

Un dia ví en el jardín de una cárcel que dos mozos se ejercitaban en cortar en tres golpes de róten troncos de plátanos de 25 á 30 centímetros de diámetro. Pregunté á uno de aquellos hombres qué le habian hecho aquellos pobres árboles para tratarlos así.

—Nada, me contestó; pero el señor comisario nos da una rupa cada vez que cortamos un plátano con solo tres golpes... mañana es dia de fustigacion.

graciado murió inmediatamente. En cuanto á la mujer que hasta entonces se habia presentado animosa, cuando se halló al pie de la escalera, se arrojó al suelo con violencia, dió horrorosos gritos y casi se



Los presidiarios.

escapó de las manos de los verdugos. Me repugna referir los detalles de su agonía, que fueron espantosos. Los dos cuerpos debian permanecer espuestos al público por espacio de seis horas.

Me aleje del teatro de aquellas odiosas escenas con el corazon lleno de dolor y de tristeza. Aunque no estuviesen prohibidas estas crueldades por las leyes de la humanidad, aquí son completamente inútiles



Posada javanesa.

en mi concepto, porque estoy convencido, por el conocimiento que tengo del carácter de los indios, de Java, de que la privacion de la libertad temporal ó perpétua es para ellos castigo superior á todas las penas físicas. Aquí sucede lo contrario que en Euro-

pa, donde vemos malvados endurecidos en el crimen, á quienes la esperiencia hace jurisconsultos y que se detienen al cometer un delito en el grado que les proporcionará ir á la prision, donde encuentran su centro, su sociedad, y donde podria decir-

se que viven felices si pudieran serlo los malvados.

Pero sepáremos la vista de estos sombríos cuadros; salgamos de las ciudades donde la sociedad se venga

de un crimen cometido con otro crimen; volvamos al seno de la espléndida y generosa naturaleza que siempre admira y consuela; subamos por las orillas de ese



Tocado javanés.

Tocado malayo.

hermoso rio que pasa por Surabaya y que se llama con razon el Kahli-Mas, rio de oro. Despues de precipitarse por los costados de las montañas, corre ahora en la llanura ancho y magestuoso. Sigámosle bajo

esos gigantescos bambúes que brotan en inmensos haces semejantes á los tubos de los órganos y que formaban una bóveda de verdor. Aquí están amarradas innumerables flotillas de esos largos barcos



Amock (efecto del opio en los malayos.)

de que ya he hablado y que llevan la mayor parte en medio de su puente y en toda su longitud graciosas cabañas cubiertas de paja del pais. En el sitio mas á propósito para bañarse se ve una multitud de indios que van á hacer las abluciones musulmanas. Las admirables formas de los bañis-

tas, esos grupos de lindas embarcaciones, las caprichosas sinuosidades del tranquilo rio, aquel verdor eterno, en una palabra, aquel espectáculo encantador nos purificará acaso del recuerdo de aquellos horrorosos crímenes y de sus sangrientas represalias. Los alrededores de Surabaya no solo presentan paisajes

notables, sino también monumentos interesantes para el artista y el arqueólogo. Hablo de los fragmentos de antigüedades indias que se hallan en gran número, ruinas que conservan aun ese carácter de fuerza y de grandeza que siempre ha distinguido las artes primitivas. Consisten casi todas en trozos de granito admirablemente esculpidos aunque de dibujo incorrecto y que representan objetos conocidos en los países donde todavía reina el bramismo: hay animales fabulosos, quimeras, grifos, serpientes y algunas figuras de bello estilo y análogas á las concepciones de la escultura egipcia. La mayor parte de ellas son encarnaciones de la divinidad india: por ejemplo, un personaje sentado en la cabeza de un elefante, con las manos sobre las rodillas y con otros tres ó cuatro pares de brazos que coloca alrededor de su cabeza en forma de abanico; ó una mujer con ocho brazos de pie sobre un búfalo. Muchas personas que han vivido en la India inglesa aseguran que allí hay exactamente los mismos ídolos, el mismo pensamiento, la misma estructura y el mismo arte. Esto es tanto más natural cuanto que primero el budismo y después el bramismo fueron en otro tiempo la religión nacional de Java, aunque hoy han desaparecido completamente de las llanuras, cuyos habitantes se han convertido al islamismo, y no conservan adeptos sino en los puntos más inaccesibles de las montañas, y en la isla de Bali, inmediata á la de Java.

Pocos países son más ricos en objetos arqueológicos que el de Java. En el interior las ruinas de una multitud de templos demuestran por su aspecto imponente la fuerza y la grandeza de la religión que inspiró en otro tiempo aquella arquitectura. Por desgracia, la mayor parte de ellas están enteramente sepultadas debajo de la poderosa vegetación del país, y algunas han sido total ó parcialmente destruidas por los temblores de tierra. La más notable, según dicen, es la del templo búddico de Boro-Bodó, cuya construcción pretenden que alcanza al siglo VI de nuestra era. Su altura es casi de 30 metros, su extensión de 200 metros cuadrados en la cima de una colina. Es un gran edificio cuadrado compuesto de siete filas de paredes formando pisos con una cúpula de 15 metros de diámetro y rodeado de un triple círculo de torres, cuyo número es de setenta y dos, todas coronadas de estatuas. En el parapeto exterior hay cuatrocientos nichos ocupados por estatuas de Buddha. Todas aquellas imágenes, así como las innumerables esculturas producidas por el más lujoso y delicado cincel, y otras muchas que cubren las paredes del monumento de que hablamos darían sin duda al iconógrafo interesantísimos motivos de estudio; pero la administración holandesa que impide á los viajeros penetrar en el interior de la isla por motivos que después diremos, se empeña en con-

siderar revolucionarios á todos los extranjeros, y no dará al hombre científico la autorización que ha negado al artista.

Han quedado vivas en el pueblo algunas tradiciones de las antiguas creencias, á pesar del rigor de los sacerdotes musulmanes, y hoy se manifiestan todavía por medio de prácticas muy estrañas, tales como las ofrendas á los caimanes.

Cuando estos animales, que andan en abundancia por los ríos, han devorado á un indígena, lo cual sucede con frecuencia, se ven aparecer por la noche en el río multitud de balsas de bambú de 30 centímetros cuadrados, cargadas de frutas, flores, alimentos escogidos y adornados de velas encendidas. Aquí es muy general la costumbre de ofrecer este sacrificio. Además se ven en los alrededores de la ciudad algunos árboles cubiertos de escarapelas hechas de bambú y de papel de todos colores, especie de ofrendas con las cuales piensan los javaneses supersticiosos conseguir ciertas gracias, tales como grandes riquezas, numerosa prole, etc. No hay nada más estraño que ver ir en procesión á las familias para colocar aquellas ofrendas en los árboles destinados al efecto. Abre la marcha el menor de los hijos llevando en la mano el adorno que hemos indicado; después van los otros hijos, uno detrás de otro por orden de edad y de estatura; luego la madre, y por último el padre, que los domina á todos y que cierra la marcha vigilando toda la columna.

Poco tiempo antes de mi salida de Surabaya, un navío holandés que atravesaba el Océano Pacífico, después de haber doblado el cabo de Hornos, llevó una presa singular que había salvado á la altura de Nueva Guinea, pero en alta mar: consistía el salvamento en unos papúes que navegaban en una piragua, y que habiendo sido internados por el viento sin víveres y sin recursos, vagaban hacia largo tiempo, y se habían visto reducidos á comer carne humana. Vivían aun tres de aquellos desgraciados cuando los recogieron, dos hombres y una mujer. Ninguno de los oficiales sabía hablar la lengua de Papuasía, y no hubo otro medio de entenderse con ellos más que por señas; los cuidaron lo mejor que pudieron y los llevaron á Surabaya, donde nadie hablaba su idioma: no se podía asegurar que fueran papúes, pero lo parecían. Los he visto varias veces en la casa donde se les había alojado, y después en sus paseos por las calles. Tienen la frente deprimida, facciones salvajes, pero más bien estúpidas que feroces; y lo que más contribuye á darles un aspecto estraordinario son sus enormes orejas que caen sobre sus hombros, y parecen á las de los perros perdigueros. Creo que se las estiran de una manera particular, porque las consideran como un adorno. La perilla de sus orejas está llena de agujeros que adornan con piedras negras, y

las que no tenían estos adornos me producían el mismo efecto que el de las ostras perleras despojadas de sus perlas. Aquellos infelices principiaban á saber algunas palabras malayas cuando tuve que salir de Surabaya.

Al hacer mis preparativos de viaje quise comprar algunos de aquellos hermosos sahrongs que había visto teñir como he dicho antes, y pude intimar las relaciones con las familias de los fabricantes. Me estrañó el gran número de niños enfermos que encontré durante mis visitas, y me indigné del poco cuidado que se tenía con ellos. La incuria de los javaneses respecto á la higiene de los niños es cosa que irrita: he visto un pobre niño de cuatro años con disenteria, cuyos miembros estaban estraordinariamente flacos, que se hallaba en la agonía, y que con cuidadoso esmero, hubiera podido aliviarse, si no restablecerse, y sus padres no le daban ni aun el medicamento ordinario del país, el agua de arroz, y le dejaban comer cualquier fruta verde y beber después agua fría. A los consejos que me creí en el caso de hacer, contestaron con la mayor tranquilidad, que era necesario ceder á sus caprichos, y no contrariar á los enfermos. Este hecho es uno de los muchos que podría citar.

Tal vez la disculpa de semejantes monstruosidades se halla en la profunda indiferencia con que miran la muerte los pueblos musulmanes. En efecto, la muerte no tiene aquí nada de lúgubre ni de solemne; no causa respeto ni se le concede importancia alguna: aquí se muere con estoicismo y se ve morir á los demás sin pena. Se ríe y se habla en las casas donde se halla la muerte, en las ceremonias fúnebres y en los cementerios; y estas costumbres, por raras que parezcan á la filosofía de Europa, tienen su explicación y su razón de ser en los dogmas de la religión musulmana, para la cual la muerte no es una desgracia, sino la conclusión necesaria de la vida actual, un cambio de estado, una transición. Aquel desprecio de la muerte no es una tendencia vituperable, y lo cierto es que ante los usos y las costumbres de un país en que casi todo es misterioso para nosotros, no debemos apresurarnos á formar juicios temerarios, sino que debemos mirar y reflexionar dos veces antes de infamar á un pueblo con la calificación de salvaje.

VII.

BOGHOR.

De Batavia á Bogor.—Sucesos de viaje.—Bogor. (Buitenzorg Quita pesares).—La villa d'Amore.—El jardín botánico.—Los alrededores.—El puente de bambú.

Mi plan de viaje era volver de Surabaya á Batavia por tierra; pero circunstancias estrañas á esta

narración me obligaron á volver por mar y por el camino que ya había recorrido. La preferencia que daba entonces á la vulgar residencia de las vacas sobre las poéticas llanuras de Neptuno se explica diciendo que deseaba ver muchos objetos curiosos siguiendo aquel itinerario.

En efecto, hubiera encontrado en el camino las cortes del emperador de Java y del sultán, soberanos de Soló (Soerokarta y Jiockjokarta) y de sus nobles familias. Los dibujos de nuestro ilustre amigo Bida, ejecutados según documentos auténticos, reproducirán aquí las facciones de algunos de aquellos augustos personajes; pero las dificultades que se opusieron á mi viaje por el interior me impiden describir las cortes de aquellos soberanos y sus singulares usos.

Personas dignas de fe me han dado curiosas noticias acerca de la etiqueta meticulosa que reina en aquellas cortes orientales y de las ceremonias estrañas que impone á los cortesanos. Me han dicho que ningún hombre por noble y poderoso que sea se atreve á presentarse delante del príncipe sino teniendo las piernas cruzadas y arrastrándose por el suelo; que cuando el soberano sale á pie del palacio, hay unos enanos que llevan y desarrollan delante de él preciosos tapices para que sus pies no toquen en la inmunda tierra, mientras que la multitud que le sale al encuentro se entrega á las más humildes demostraciones: también me han asegurado que una de las distinciones más estimadas es la de obtener del emperador ó del sultán un poco de syri, y el que lo recibe de la real mano lo guarda con gran cuidado, se honra con ello como los cortesanos de Europa con las cintas y las petacas, lo coloca en el mejor de sus cofres, lo trasmite á sus herederos directos, y mucho después de la muerte del favorecido se habla en el país de la gracia escepcional que recibió. Pero aunque todo me induce á creer en la exactitud de estos detalles, los refiero con desconfianza, decidido á no contar más que lo que he visto con mis propios ojos.

Esta razón y otras me impiden también examinar las causas que han movido al gobierno holandés á conservar dos poderosos soberanos, dos dueños absolutos en aquellas poblaciones indígenas para las cuales es una orden el menor de sus deseos; además temeríamos meternos en polémicas estrañas á una obra como esta. Pero lo que no podemos menos de manifestar es nuestra indignación al pensar que los soberanos han reducido á otros hombres, sus semejantes, al estado de valores comerciales, y los han vendido á precio de oro á unos mercaderes que trafican de este modo sin pudor ni miramiento por la conciencia ni por la libertad. Sí, no podemos anatematizar bastante á los autores de semejante injusticia ni á los que se han aprovechado de ella.